

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
IV

ACADÉMICOS en el recuerdo 4

J. M. ESCOBAR
M. VENTURA
COORDINADORES



2020

ACADÉMICOS en el recuerdo

4



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 4

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2020

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 4
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Miguel Ventura Gracia, académico numerario

Portada:

Enrique Aguilar Gavilán

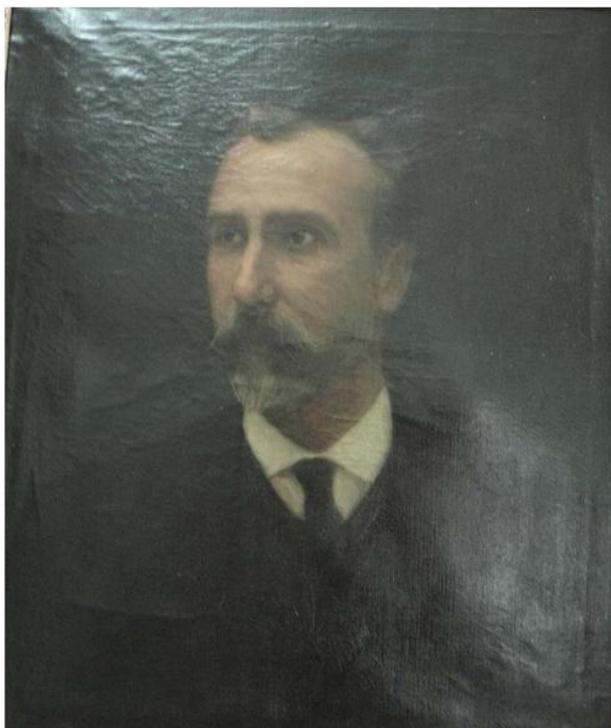
© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-122980-6-2

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**LUIS VALENZUELA CASTILLO (1856-1920):
DE CUANDO LA ACADEMIA ADQUIRIÓ
EL TÍTULO DE REAL**

por

FERNANDO PENCO VALENZUELA
Académico Correspondiente

PENCO VALENZUELA, Fernando. Luis Valenzuela Castillo (1856-1920), de cuando la Academia adquirió el título de Real. 135-168.

Retrato de Luis Valenzuela, por Julio Romero de Torres.

PENCO VALENZUELA, Fernando. Luis Valenzuela Castillo (1856-1920), de cuando la Academia adquirió el título de Real. 135-168.

A l salir del apartamento, me acompañó unos minutos mientras fuimos dejando atrás la Escuela de Arte Mateo Inurria y la calle Tesoro. Quedamos en volvernos a reunir en una o dos semanas para que pudiese fotografiar con más detalle el Julio Romero que acababa de ver. El retrato, de tonos oscuros y fecha de agosto de 1906, resaltaba la gris y recortada barba de un hombre de ojos exhaustos, y presidía una habitación repleta de libros: *El sueño de una noche de verano*, Coleridge, Villon, Petronio, Cervantes, la *Ilíada*, algunos epitafios de Simónides, y el recorte teñido de un verso de Horacio que hablaba del Monte Ida:

Ya ves cómo la alta nieve blanquea
el Soracte...

Ad Thaliarchum era uno de sus versos favoritos y en la escuela de aquellos años aprender ciertos textos de memoria resultaba preciso e indispensable, alternándose tanto los autores grecolatinos como los más actuales (en *El arte por el arte*, trabajo que la Academia publicaba póstumamente a nuestro biografiado «en homenaje a su autor», el académico se acercaba a Molière, Raimundo Lulio, Tirso de Molina, Sócrates, Hegel o Byron), por lo que sonetos, discursos o fragmentos de Virgilio, cuyos versos podían tener la locuacidad que más adelante necesitaría como abogado; o los de otros autores como Catulo u Horacio —sus cantos siempre le acompañarían—, debieron de causarle inspiración quedándose grabados como el mármol en su ágil memoria de adolescente.

Una colección reveladora de unos pocos manuscritos, muy precariamente conservados —vi de su puño y letra algunos versos de Adriano y el proverbial *sed sic, sic, sine fine feriat* de Petronio—, ponía de manifiesto un retrato bastante preciso del bagaje intelectual de un joven, claramente propenso al mundo clásico, que de adulto llegó a reunir una de las bibliotecas privadas más importantes de la época.

LA VARA DE ASCLEPIO

Luis Valenzuela Castillo nació el 17 de octubre de 1856 y, más allá de la data, de sus primeros años de vida, apenas hay noticias. Hijo del médico José Valenzuela Márquez, quien fuera director y copropietario de los balnearios de Lanjarón y Fuencaliente y socio fundador del Círculo de la Amistad; y de Francisca de Paula Castillo, tuvo como hermanas a Laura, que fallecía prematuramente en 1864, y a Teresa. Su abuelo, José Valenzuela de la Vega, fue un platero cordobés que nació hacia 1783 y que descendía de Agustín de Balenzuela y de María de la Vega. José contrajo nupcias con Victoria Márquez Castellano, en San Nicolás de la Axerquía, corriendo el mes de octubre de 1807. Sobre su hijo, José Valenzuela Márquez, valga este botón de muestra:

Médico nacido en Córdoba el 10 de agosto de 1820, prestó asistencia durante la pandemia de cólera de 1855 en Hinojosa del Duque y La Carlota para más adelante hacer lo propio en la Guerra de África, doctorándose en cirugía en Madrid en 1854 con la lectura de una tesis que intituló *De la naturaleza de la enajenación mental* y que dedicó a su amigo Luis José Sartorius, primer conde de San Luis y a quien asistiera, junto con varios médicos más, en el momento de su muerte.

Su obra fue reseñada entre otros por Rafael Ramírez de Arellano¹ o, más recientemente, por Ángel Fernández Dueñas y José Cruz Gutiérrez². Valenzuela Márquez llegó a ostentar los siguientes cargos: Jefe Superior Honorario de Administración Civil; Subdelegado de Sanidad y Vocal de su Junta Provincial; Diputado provincial por los distritos de Pozoblanco y Córdoba; Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Córdoba; Catedrático de Higiene Pública y Privada de la Universidad Libre de Córdoba; Presidente de la Junta Cordobesa de la Asociación Médico-Farmacéutica Española; Miembro de la Junta Municipal de Sanidad —con su concurso se crearon las Casas de Socorro de Córdoba—; Médico Honorario Castrense, y Fundador de la

¹ RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*, tomo I. Córdoba, 1916, p. 685.

² FERNÁNDEZ DUEÑAS, Ángel: «Centenario del fallecimiento de don José Valenzuela y Márquez», *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, núm. 103, 1982, pp. 79-88. CRUZ GUTIÉRREZ, José: «José Valenzuela Márquez: médico de balneario», *Revista del Real Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario*, 9, 2014, pp. 32-33.

Sociedad Española de Hidrología Médica estando al frente de los baños de Lanjarón entre 1872 y 1879 donde, además de publicar las Memorias Anuales del Funcionamiento del Balneario, llevó a cabo la canalización de las aguas del conjunto para la cura hidropínica, tal y como dispuso en su libro *Páginas sueltas para una monografía de las aguas y baños minerales de Lanjarón*³.

Sobre su presencia en el balneario se sabe que, nada más tomar las riendas, manifestó sus quejas ante lo inapropiado de las instalaciones y acometió los alumbramientos en arcas de sillería, así como las ya citadas obras hidráulicas que, mediante acueductos que salvaban barrancos y descolgaderos, llevarían el líquido elemento hasta el nuevo edificio. En ese año Valenzuela registraba un caudal de 80 l/s, siendo bajo su mandato cuando el agua lanjaronense, ya embotellada, obtenía la Medalla de Plata de la Exposición Universal de París de 1878⁴.

Sería condecorado en vida con distinciones como la de Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica; la de la Cruz de Primera y Segunda Clase de la Orden Civil de Beneficencia, o la de Comendador de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III, mas su biografía y prometedor carrera se truncarían para siempre el 9 agosto de 1881, a causa de una neoplasia en la nariz. Si se me permite, transcribo el comienzo del discurso que el padre de nuestro académico pronunciaba en Madrid en 1854, con motivo de la lectura de su Memoria de licenciatura:

Excmo. Sr. Me propongo averiguar cuál sea la naturaleza de las afecciones mentales, y determinar la ley que enlaza ese conjunto de extraordinarios fenómenos designados con el nombre de locura ó enajenación. Confieso que esta tesis que he elegido es sumamente complicada y difícil: la prodigiosa variedad de formas que afecta la locura, los accidentes imprevistos que señalan su curso ¡cuánta reserva y cuánta finura y tacto exigen en el médico! ¡Qué fácil es el error y qué peligroso! Ni aún tratada por la ciencia se hace más inteligible la

³ Hay una reproducción digital del original, que se imprimía en Córdoba en 1879 —«junto con otros documentos que tratan sobre aguas minerales y balnearios en España y Francia»—, en la Biblioteca de la Universidad de Granada.

⁴ RUBIO CAMPOS, Juan Carlos, et al.: *Guía de manantiales de la provincia de Granada: una visión sobre su origen y naturaleza*. Granada, 2006.

historia de los trastornos y perversiones del espíritu humano. Al leer las obras que sobre la locura escribieron Pinel, Georget, Esquirol, Guislain, Nuemann, Buzorini y Gloss, nos contemplamos como aquellos viajeros, que al atravesar una llanura desierta tropiezan à cada paso con restos de palacios y de templos, troncos de columnas rotas, y fragmentos de estatuas mutiladas, y suspiran al hollar con sus piés aquellos despojos de una grandeza que pasó. La historia de la locura es la historia de las ruinas del espíritu humano, ruinas tristes, que echan sobre el alma una melancolía que nos aterra por la evidente posibilidad de que el más liviano accidente nos derribe de la alta dignidad que como a seres inteligentes y morales nos corresponde [...] No es pues extraño, Excmo. Señor, que al penetrar yo en estas tinieblas y al echar la sonda à estas profundidades, lo haga con la natural desconfianza del que conoce la pequeñez de sus fuerzas en evidente contraste con la grandeza del objeto⁵.

Con José Valenzuela Márquez nacía una estirpe de médicos que aún se perpetúa y que ya va por la quinta generación. Su hijo Luis sin embargo, engatusado quizá por Emilio Papiniano o por Marco Tulio Cicerón, se inclinaría por el oficio de jurisconsulto alejándose así de la vara de Asclepio.

UN RELATO FAMILIAR

Imaginárselo ufanamente situado junto al Pleyel laminado en madera de palo santo con una copa en la mano, resultaba agradable. Acababa de ganar un pleito perdido y había congregado en su casa a un grupo de amigos y colegas. Varios abogados, un renombrado rector, un par de periodistas y cuatro o cinco compañeros del partido republicano, entre los que estaba Carbonell y Morand. Unos años antes, Juan y él habían presentado su candidatura republicana y lo habían celebrado con discreción en una céntrica bodega donde pidieron el plato del día: chuletas de borrego con patatas salteadas.

En el aire impregnado de grasa y fritanga el tabernero, llevando la jarra en un brazo, volcó el amontillado en los catavinos entre el ruido-

⁵ VALENZUELA MÁRQUEZ, José: *De la naturaleza de la enajenación mental*, Biblioteca Digital Hispánica (sig. 2/41987), 1854. [Se respeta la ortografía original].

so bullicio de la barra que rebotaba en un techo de bóveda. Un viejo les miró desde el mostrador recortándose, vagamente, entre grandes barricadas de roble que formaban una pirámide bajo el arco de ladrillo. De vez en cuando, el relente de la bodega traía y llevaba el fresco aroma del vino que secaba el sudor de los parroquianos. Era septiembre y, aunque había descargado una tormenta mañanera, la calima estival flotaba en un pesado vaho que lo inundaba todo. Al otro lado de la vidriera, los blancos reflejos de la cal contrastaban con el negro de unos cipreses que se alineaban ordenadamente bajo los estribos de una iglesia.

— ¿Has leído el Diario?

— ¿Te refieres al comunicado? —le inquirió Valenzuela, subiendo los ojos desde el plato.

Esa misma mañana, en una nota enviada al director del diario *Córdoba*, entre anuncios de subastas y elixires, el señor Marín Carmona le solicitaba que ésta fuese publicada en sus páginas al sentirse agraviado. A lo largo de ella Marín, con motivo del viaje electoral que Carbonell y Morand había llevado a cabo por Montoro y Bujalance, se quejaba de ciertas declaraciones, poco gratas y al parecer salidas del candidato de Unión Republicana, que sobre su persona se habían vertido con motivo de la publicación de *El Combate* y que nada favorecían su concepto público y privado.

Al llegar a Córdoba —decía la nota— me dirigí inmediatamente en carta al señor Carbonell, pidiéndole explicaciones de las versiones que decían circuladas por él, quien se apresuró a contestarme lo siguiente:

Señor don Antonio Marín Carmona, muy señor mío, acabo de recibir su carta con fecha de 31 de agosto y su contenido me sorprende, pues ni por mi manera de ser, ni por mi educación y puesto político, soy capaz de los conceptos que me atribuye; que por lo tanto son inexactos.

De usted, afectísimo seguro servidor, *Juan Carbonell*.

2 de septiembre de 1905.

En su vista suplico à usted inserte en las columnas de su popular e ilustrado periódico —continuaba—, tanto para conocimiento de quienes tales manifestaciones me hicieron, tanto que para cada cual quede en el lugar que le corresponde [...] *A. Marín Carmona*

— ¡No sé de dónde sale tanta falacia y mendacidad! —espetó Carbonell, desde el otro plato— Ah, por cierto, en Bujalance, almorcé con Díaz del Moral. Me dio recuerdos...

— ¡Cuán futuro tan prometedor!

Varias líneas más abajo del comunicado, el mismo diario anunciaba que

el Centro Obrero de Juventud Republicana, en Junta General, acordaba por unanimidad votar en las próximas elecciones de diputados à Cortes, íntegra la candidatura republicana de don Luis Valenzuela y Castillo y don Juan Carbonell y Morand⁶.

Aquel acuerdo fue el que les llevó ante las chuletas de borrego con patatas salteadas y los amontillados de la céntrica cantina. Después de estrechar la mano con el tabernero y de pagar la cuenta —antes se fijaron en los hoyuelos de una joven que se señalaban al reír—, abandonaron el local y entraron bruscamente en una plaza que olía a petróleo.

La puerta del hotel Suizo se abrió suavemente y dio paso al frescor del claustro. Allí, entre vitrales y macetas, tomaron un licor mientras un chico macilento y con los ojos de acero que comía cacahuets sacándolos de un cucurucho, no les apartó la vista. Al fondo, un hombre con un traje a cuadros y sombrero departía con una joven que le escuchaba desde una mecedora. El silbido de uno de los camareros, que llevaba el diario doblado bajo el brazo, irrumpió en el patio: sus mejillas hundidas coronaban un smoking con botones dorados.

LA ACADEMIA OBTIENE EL TÍTULO DE REAL

Habían transcurrido años y ahora, en el gran salón de las casas de la plaza de Benavente, comenzó a sonar *La Campanella* de Liszt ante el atento silencio de los comensales. El pleito no era el único motivo de la celebración, aquella misma semana había cerrado varios asuntos satisfactoriamente y la Academia se hallaba en trámites de adquirir el título de Real, lo que venía a ser una especie de reconocimiento a la labor que llevaba realizando desde hacía algo más de un siglo.

⁶ *Diario de Córdoba*, 05/09/1905

La distinción se otorgaba por Real Decreto de Alfonso XIII, el 9 de julio de 1915, y después de que el Conde de Esteban Collantes, en aquellas fechas ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, solicitase a su Majestad «concediera a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba el título de Real»:

[...] Y, en tal sentido —decía el texto tras un breve pero contundente alegato—, el Ministro que suscribe tiene el honor de someter a la aprobación de V.M., el siguiente proyecto de Decreto,

Madrid, 9 de julio de 1915.

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.

Conde de Esteban Collantes

REAL DECRETO

Conformándome por con lo propuesto por el señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Vengo a Decretar lo siguiente:

Artículo único. En lo sucesivo la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba se denominará Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba,

Dado en Palacio, a nueve de julio de mil novecientos quince.

ALFONSO

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,
*Saturnino Esteban Miguel y Collantes*⁷.

Del real éxito se hizo eco, años después, la *Revista Ilustrada de Andalucía* en boca de Campos Villarroel:

Muchos han sido los directores que la docta Corporación ha visto desfilar en el transcurso de los años —decía la publicación en su número de 1 de noviembre de 1928. En la imposibilidad de dar la relación de todos y de sus méritos y aportaciones a la Academia, solo mencionaremos por hoy dos de

⁷ «Vida académica. Historia de la Academia. Concesión del título de Real». *BRAC*, 53, 1945, pp. 115-117.

aquellos que, por su señalada gestión, ocupan lugar preeminente en los anales de este viejo remanso de la cultura cordobesa. Por su actuación brillante y sostenida durante largos años en los cuales alcanzó para la Academia el título de Real, ocupa puesto de honor el ilustrísimo Sr. don Luis Valenzuela y Castillo, notable jurisconsulto que dedicó a ella tantos trabajos y tantos amores, que la somera reseña de unos y otros se saldría de los límites de este artículo.

El otro felicitado era el entonces director de la Corporación Manuel Enríquez Barrios, el motivo: «haber conseguido durante su gestión uno de los más legítimos y merecidos triunfos de la Academia al celebrar el centenario de Góngora con una brillantez que sorprendió a todos»⁸.

UNAS NOTAS GENEALÓGICAS

Ufanamente situado junto al Pleyel miró la larga hilera de libros que tenía ante sí deteniéndose en las copias que, de los ocho tomos de las *Actas de la Organización Internacional de Trabajadores*, le habían regalado en el Madrid de su juventud —tenían fecha de 1874 y, a través de ellas, podía seguirse minuto a minuto la difusión de las nuevas doctrinas en cada pueblo o comarca, llegándose a erigir en la esperanza de todo revolucionario—. También se detuvo en algunos ejemplares que, de *Acracia* o *El Obrero*, se apilaban formando altas hileras sobre los estantes de la biblioteca y, en la primera edición de *Ideal de la Humanidad*, de Sanz del Río.

Pese al paso de los años, volvía una y otra vez al krausismo que se había solidificado en su bisoña mente mientras flirteaba con el Ateneo o con el Círculo Filosófico y Literario de Madrid, en donde asistió a varias conferencias sobre Krause. Entonces, la lisa y lironda cabeza de ojos astutos de Giner de los Ríos y su pensamiento revolotearon en su interior. Para Valenzuela la autoridad del malagueño no sólo se revelaba en sus enseñanzas jurídicas sino que su plena vigencia la convertía en el ideario de la juventud más liberal del país, a pesar del tiempo transcurrido.

El desvío de aquellos intelectuales del catolicismo más ortodoxo y de la monarquía —a Giner podríamos sumar de Castro, Cossío, Alfredo Calderón o Altamira— y aquello de que la historia del mundo

⁸ *Andalucía: Revista Ilustrada*, núm. 101, nov. 1928, Córdoba, p. 33.

era la historia de las ideas, posó de forma abstracta sobre la elegante peana que, con altorrelieves y motivos mitológicos, soportaba el ingravido peso de un caballito de mar. El pedestal, junto con un reloj de pie con sonería Westminster y cristal mineral, llegó al unísono a las casas de la plaza de Benavente tiempo atrás y, ambas piezas resultaron ser obsequios que Valenzuela recibió de un cliente del norte. Parecían poseer el sello de la más exquisita educación y, nada más verlos, su esposa Concha, los dispuso en los salones de la casa: «el uno muy cerca del otro, para que no perdieran su finura».

Arribaron a media mañana, cuando dos trajineros los hicieron descender de un carruaje lleno de bártulos y después de que el cochero, un hombre regordete con sombrero hongo, aparcase en la misma puerta y les señalase con la barbilla los sótanos donde iba destinado el pedido que aquella misma mañana habían retirado, debidamente envuelto, de las traseras de la estación.

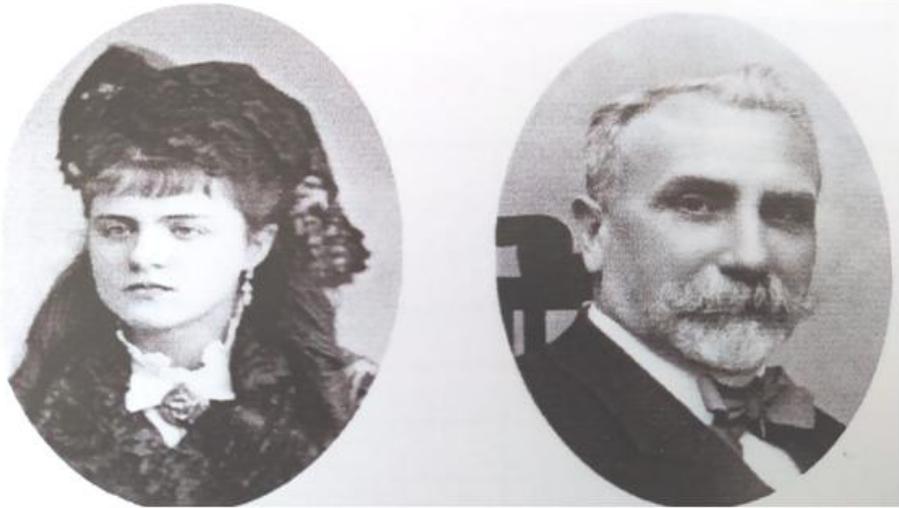
— ¿El señor Valenzuela? —preguntó uno de los chicos con un tic en el ojo.

— ¡Aquí es! —les dijo una joven que salió a recibirlos.

Bajo un recortado flequillo, dos grandes ojos fulguraron en el cristal del reloj que acababan de colocar contra el muro. Era una mujer preciosa y su nacarada piel apenas desentonaba con el claror de sus ojos. Un traje de seda verdenilo, llegado desde París, le cubría el cuerpo recién bañado. Apenas durmió esa noche porque Luis le había dicho, poco antes de cenar que, a la mañana siguiente, se presentarían en casa con una dádiva que un cliente del norte les había enviado.

Tras ordenar a la asistenta que recibiese a los chicos que acarreaban la valija, Concha les esperó en los salones de la casa para colocar a su gusto el reloj y el pedestal con altorrelieves. En él, las faldas del monte Malevos, de un dorado marrón, parecían inmaterializarse en un tenue resplandor que las alumbraba entre los corvos meandros de un Eurotas bosquejado por finos surcos de plata. Lo que parecían Chopos y plátanos de sombra se agitaban a ambas orillas y un poquito más abajo la argiva Helena, colosal en tamaño y con la mano apoyada sobre su frente, se recortaba contra las murallas del palacio de Menelao ante cuyas puertas, Pisístrato y Telémaco, contenían su carro con el afán de tener noticias de Odiseo antes de caer dormidos por un nepente, que rebosaba de una crátera de figuras rojas. La escena era espléndida y en

ella se extendía el desfiladero que los condujo de regreso a Pilos y en el que un camino se retorcía por un fresco y ondulado valle.



Mis bisabuelos Concha Terroba y Luis Valenzuela. Col. M.^a Carmen Abad

Valenzuela miró aquella peana y recordó con fugacidad Platanaki y la vieja Glippy. Del macizo del Malevos, con sus tres partes claramente definidas, emergían las cimas del Parnón y del Psaris. Al este, la Cinuria, la tierra de nadie conquistada por Filipo para los argivos se abría paso, salvaje y montaraz, entre basílicas y santuarios. «¿Descubrirán alguna vez la beligerante Tírea?», se preguntó vagamente mientras se imaginaba la ciudad a los pies del Egeo con Otríadas al frente de los trescientos lacedemonios sempiternos y vencedores.

Un rostro urbano y bien alimentado estiró su cuello y le saludó con cortesía. Era Eustasio, el cabeza de familia de los Terroba y el hermano de su esposa Concha. Originarios de Muro de Cameros (La Rioja), a los Terroba resultaba fácil seguirles la pista ya que Eustasio, farmacéutico de profesión, tuvo un fuerte vínculo con las ermitas de Córdoba mandando reedificar en ellas en 1917 la de Santiago el Menor, tal y como reza en el dintel de su puerta; y porque tanto él como su hermano Antonio guardaron una larga amistad con Mateo Inurria que llegaría hasta el final de sus vidas —a Antonio Terroba le esculpía presentando su busto, junto con los de *Antonio Fernández Grilo*, *Gitana* y *Cordobesa* en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901—; y,

más adelante, ya en 1923, en una de las últimas obras del genial escultor, daba forma a la *Estatua yacente de Eustasio Terroba* —que reproducimos en este trabajo— y hoy, en el Museo de Escultura de Leganés⁹.

Un poco más allá, sentados a una mesita con canapés rociados con salpicón de cebolla, cuchicheaban Rafael Conde Giménez, alcalde de Córdoba entre 1904 y 1906, y su octogenario tío Rafael Conde y Luque, el reputado jurista y senador que fuera propuesto para Ministro de Gracia y Justicia en los tiempos de María Cristina de Habsburgo y que renunciara al cargo. Aún seguía en sus funciones como rector en la Universidad Central de Madrid, ocupación que ostentó entre 1903 a 1916, siendo conocido de nuestro biografiado —más adelante sus familias se entroncarían con el enlace entre José Valenzuela Terroba, hijo de Luis, y María de la Iglesia Garay, sobrina nieta de Rafael Conde y Luque—, por sus encuentros en el Ateneo de Madrid años atrás.

En 1896, Conde y Luque llegó a ocupar la Presidencia de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo y, en el año anterior, Valenzuela asistía al curso sobre *Transformación de las ideas que han dirigido la vida constitucional de España en el presente siglo* y que, junto con el propio Conde y Luque, impartían Canalejas, Romero Girón, Fernández Villaverde y Pi y Margall. Unas décadas antes, en 1875, el ahora octogenario conde de Leyva, ejerciendo de catedrático en la Universidad de Granada, apoyaba como accionista a la Institución Libre de Enseñanza. En la biografía que en 2010 le dedicaba el catedrático de Derecho Civil, José M. González Porras, se decía:

Rafael Conde y Luque (1835-1922) fue una de las figuras más representativas de la Restauración y de la etapa española de la codificación civil. Profundo teólogo, eminente internacionalista y académico de reconocida solvencia intelectual, ocupó cargos de gran importancia en la vida política

⁹ El primer Terroba de esta rama que aparece en Córdoba es Eustasio Terroba Martínez que fallecía el 17 de abril de 1844, a los 55 años. Hijo de Francisco Terroba y de Josefa Martínez fue administrador del Marqués de Alcañices y de Benito Aguilera y Aguilera Ruiz de Villalón. Eustasio contrajo nupcias con la cordobesa María Concepción Barrera de la Vega. De ellos desciende Rafael Terroba y Barrera (1820-1874) quien se casaba con Purificación Naval Moreno y quien fue padre de Concha, Eustasio y Rafael. Hombre acaudalado participó como accionista en las líneas de ferrocarril. Agradezco la información a José Tomás Serral.

como Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, Director General de los Registros del Notariado y de la Instrucción Pública, además de senador y diputado, lo que le permitió formar parte de la comisión mixta Senado-Congreso e intervenir de manera acertada y luminosa en muchas ocasiones en la redacción del Código Civil. En la vida judicial de aquella España de finales del siglo XIX llegó a ocupar la Fiscalía General del Tribunal Supremo y, en el ámbito universitario, Rector de la Universidad Central de Madrid¹⁰.

Aunque el uno republicano y el otro conservador, la relación entre Valenzuela y el conde de Leyva —nunca supieron que sus familias se unirían— fue cordial y de una profunda admiración del primero hacia el segundo. Así se colegía de algunas de las notas genealógicas que, sobre mis abuelos maternos, pude recoger y que provenían en su mayoría de mis tertulias con tía Elena de la Iglesia mientras escribía *María Teresa, su vida y su época (1889-1975)*, una biografía familiar. A lo largo de ellas, más allá de la relación con Conde y Luque, también me insistió en la amistad y el aprecio mutuo que, tanto Luis Valenzuela como su tío abuelo Rafael Conde Giménez, se profesaban —además de alcalde de la ciudad y presidente de la Diputación, Conde Giménez ostentó los cargos de senador del reino, recaudador de impuestos, registrador de la propiedad y gobernador civil en las provincias de Cáceres y Jaén.

Varias de las transcripciones de estas entrevistas de familia, alguna que otra cita, notas a pie o fotografías de la época —no olvido los daguerrotipos de mis cuartos abuelos, en sentido ascendente por esa línea, Juan Felipe Conde y Luque y Librada Giménez, fotografiados tras su boda hacia 1860¹¹—, las fui guardando en una carpeta con gomitas a la que añadí otras reseñas y documentos que, sobre nuestro biografiado y sus hijos, había reunido: finales de años académicos, artículos de opinión o licenciaturas se entremezclaban con necrologías y recortes del partido Republicano.

¹⁰ GONZÁLEZ PORRAS, José: *Rafael Conde y Luque. Insigne jurista*, Colección CajaSur, Córdoba, 2010.

¹¹ DE LA IGLESIA GARAY, Elena: *María Teresa, su vida y su época (1889-1975)*. Córdoba, 2011.

PRESIDENTE HONORARIO DEL CENTRO OBRERO DE JUVENTUD REPUBLICANA

El 4 de julio de 1879, a los 22 años, Luis Valenzuela se licenciaba en Derecho Civil y Canónico por la Universidad de Madrid, la Memoria que denominó «Las personas colectivas ante el derecho privado» vería la luz en 1915¹². Aquel año de 1879, el de su regreso definitivo a Córdoba, fue un momento de profundos cambios políticos y sociales. Tras una crisis de gobierno, Cánovas del Castillo era cesado de la Presidencia del Consejo que pasaba a Martínez-Campos, aunque el 9 de diciembre volvía a manos del primero; en Logroño moría Espartero a los 86 años de edad; Pablo Iglesias fundaba el Partido Socialista Obrero Español en Madrid; Sanz de Sautuola descubría, en su segunda expedición, las pinturas rupestres de Altamira; Thomas Edison presentaba su primer aparato telefónico y su primera bombilla eléctrica; un 14 de marzo, en la ciudad teutona de Ulm, nacía Albert Einstein y, el 30 de diciembre, con el año liquidado, un panadero de Lugo que atendía al nombre de Francisco Otero, atentaba infructuosamente contra Alfonso XII y María Cristina en la plaza de Oriente con un revólver francés de dos cañones.

En octubre de ese año nuestro académico comenzaba a colaborar con diario *Córdoba* «aun cuando en ocasiones pueda disentir de nuestras ideas porque sus trabajos serán dignos de ser leídos por un mérito singular», decía el propio rotativo el 26 de ese mes. Años después, frizando los 30 y siendo fiscal municipal del distrito de la derecha, obtenía el nombramiento interino de registrador de la propiedad de Córdoba y, el 12 de mayo de 1891, en las primeras elecciones municipales en las que se aplicaba el sufragio universal en Córdoba, presentaba su candidatura republicana por el sexto distrito de la ciudad, junto a la de Rafael Barrionuevo Fernández. El *Diario de Córdoba*, bajo el rótulo de «complacidos», publicaba al día siguiente que ambos electos se habían pasado por la redacción solicitando al rotativo que hiciese «público su agradecimiento y gratitud á los electores del sexto distrito de esta ciudad, por haberles favorecido con sus votos en las pasadas elecciones municipales»¹³.

¹² Se puede consultar un impreso que el propio Valenzuela donó a la Real Academia de la Historia, donde hoy se halla, y que se relaciona en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXVIII, Madrid, Mayo de 1916, p. 450.

¹³ *Diario de Córdoba*, 13/05/1891



Luis Valenzuela, hacia 1890



Semanario *El Nuevo Régimen* (30/12/1905), donde Luis Valenzuela aparece, junto con Eduardo Benot y José Luque, como presidente honorario de la Agrupación de Juventud Republicana Federal de Córdoba

Su talante progresista y su librepensamiento que absorbió desde muy joven no sólo lo aplicó al Derecho —siguiendo sus apuntes no cabe duda de que había leído a Ahrens y a Thibergghien al concebir la ciencia del Derecho «como el conjunto de condiciones dependientes de la voluntad y necesarias para el íntegro cumplimiento del fin asignado al hombre por su naturaleza», convirtiéndose en la verdadera mediadora entre el destino individual y lo social, desde la plena libertad del individuo—, sino en el resto de sus textos y exégesis. En *El arte por el arte*, «somero estudio redactado en brevísimos días» y que el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* le publicara póstumamente, la filípica entre lo inmoral e indecoroso y lo bello y la perfección se convertían en una verdadera constante:

El Jurado calificador de las obras pictóricas presentadas en la exposición de Bellas Artes, que actualmente se celebra en Madrid —comenzaba el texto—, ha rechazado varios cuadros de distinguidos pintores, obedeciendo tan extremado acuerdo, no a que esas producciones carezcan de mérito, pues en reconocer que lo tienen hay unanimidad de pareceres, sino a que entiende aquel Tribunal que los artistas se

han desviado, en la ejecución de su pensamiento, de las conocidas normas de la moral. Exclusiones tan poco justificadas vienen a plantear, una vez más, la cuestión del arte por el arte, acerca de la cual voy a tener el gusto de someter ligeras consideraciones al superior criterio de la ilustrada Corporación.

La doctrina del arte por el arte, tiene, como es sabido, implacables contradictores que se afanan por sostener la, para ellos, evidente consustancialidad de lo bello con lo bueno y lo verdadero, y la antinomia y divorcio que, a su juicio, existe entre la belleza, de una parte, y la inmoralidad y el error de otra. Cosa vaga e inexplicable es la idea de la belleza. Desde Sócrates y Platón, hasta Krause y Hegel, ha sido objeto de porfiadas investigaciones, sin que se haya obtenido otro resultado práctico que la certidumbre de ser didácticamente indefinible, que es achaque común a todos los principios generales.

Unos párrafos más abajo, reflexionaba: [...] La música es un arte bello, bellissimo, pero incapaz por sí solo de expresar conceptos morales ni inmorales, hasta el punto de que alguien ha dicho, con razón, que en la música el espectáculo lo tiene el espectador. Pues bien, esa ordenación de sonidos armónica o melódicamente dispuestos y combinados despierta en el oyente, ya sentimientos regocijados y gratos, ya sentimientos melancólicos y patéticos, según el estado particular de su ánimo. La música, bien considerada, no es apta para expresar ideas en el riguroso sentido de la palabra; pero las inspira, las genera, las sugiere muy varias en quien la oye embelesado.

Hace años leí, no recuerdo en qué autor, una anécdota debida a la fantasía poética del celebrado vate, que para encomiar la virtud sugestiva y la fuerza avasalladora de la música, presentaba en inspirada oda al gran Alejandro en un espléndido banquete, sentado junto a la hermosa Thais y rodeado de sus guerreros, los cuales, ebrios de entusiasmo por las brillantes victorias alcanzadas entregábanse, sin freno, a los placeres de la gula; de pronto, el famoso músico Timoteo entona un himno sublime en loor de Júpiter, y Alejandro, creyéndose transportado al Olimpo, llega a considerarse arrogantemente el padre de los dioses y en su soberbia demanda ser adorado; entona después Timoteo una canción bélica y el héroe macedón, enardecido por los acordes gue-

rreros, desnuda la tajante espada para combatir a sus enemigos, como si estuviera en el campo de batalla; por último el divino músico hace de que su lira broten notas suaves, impregnadas de languidez y voluptuosidad, y Alejandro, poseído de sentimientos eróticos, declara su ardiente pasión a Thais.

Ahí tenéis una idea, bien que pálida, del poder incontrastable de la música, arte mudo por lo que respecta a la enunciación de pensamientos pero que, sin embargo, es un poderoso despertador de los afectos humanos¹⁴.

LAS PRIMERAS MUJERES ENTRAN EN LA ACADEMIA

En la sesión ordinaria de 19 de junio de 1907, siendo presidente de la Corporación Teodomiro Ramírez de Arellano, nuestro académico era nombrado numerario «tras votación secreta y por papeletas, resultando elegido por unanimidad»¹⁵. El 21 de septiembre se acordaba fijar el sábado 28 siguiente, «para la recepción pública del académico electo D. Luis Valenzuela y Castillo quien ante tal motivo expresó su agradecimiento al señor don Ángel María Castiñeira por haberse dignado en contestarle»¹⁶.

La noche del 16 de octubre de 1909, en la velada necrológica que la Academia dedicaba a Teodomiro Ramírez de Arellano, Valenzuela daría uno de los discursos en respeto a tan egregio escritor¹⁷ y será dos años más tarde, «por aclamación general» y, después de que el puesto de director de la Academia quedase «vacante por la dimisión presentada por don Manuel de Sandoval», cuando pase a ocupar dicho cargo¹⁸. El 4 de noviembre, nuestro jurisconsulto daba las gracias a sus compañeros y, en especial a Manuel de Sandoval, «por su servicio prestado a la Corporación»¹⁹.

¹⁴ VALENZUELA CASTILLO, Luis: «El arte por el arte». *BRAC*, núm. 8, 1924, pp. 129-138.

¹⁵ *Actas de la Real Academia de Córdoba*, 19/06/1907.

¹⁶ *Ibid.*, 21/09/1907.

¹⁷ RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*, Córdoba, 1916, tomo II, p. 154.

¹⁸ *Actas de la Real Academia de Córdoba*, 28/10/1911.

¹⁹ *Ibid.*, 04/11/1911.

Fue entre 1912 y 1914, ocupando el cargo de director, cuando las primeras mujeres ingresaron en la Academia: Emilia Pardo Bazán, cuya propuesta de Valenzuela se acogía por unanimidad el 16 de noviembre de 1912, pasó a ser aceptada el 23 de ese mes; Rosario Vázquez «después de Isabel Losa, la poetisa más inspirada»²⁰, era propuesta el 11 de enero de 1913 para ser elegida el mismo 23 y; por último, Camelia Cociña, cuya solicitud se elevaba el 28 de marzo de 1914 convirtiéndose en académica, a comienzos de abril. La escritora nacida en Córdoba, aunque ausente de su ciudad desde los siete años, expondría: «Me anuncia V., una disposición de esa Academia que me llena de orgullo. ¡No podía soñar nada que más me halagase que el nombramiento de Académica Correspondiente de una tan docta Corporación y ser tan antigua y llamarse cordobesa!»²¹.

Bajo su mandato, también ingresarán en la Academia: Juan Díaz del Moral, Manuel Ruiz Maya, José de la Torre y del Cerro, Gabriel Delgado Gallego, Vicente Ortí Belmonte o Rafael Castejón Martínez de Arizala, entre otros.

JULIO ROMERO DE TORRES

Su labor de apoyo hacia Córdoba y hacia sus personalidades más relevantes será una inquietud a lo largo de su vida; esta circunstancia también se desprende de las notas que, de forma desinteresada, me pasó José M.^a Palencia, a quien agradezco la información. Así, en sesión académica de 9 de marzo de 1912, a propuesta de nuestro biografiado, se requería que la Corporación se asociara al acuerdo del Ayuntamiento de «esta capital de pedir a los poderes públicos que se nombre a don Julio Romero de Torres para la Cátedra en la Escuela de Artes y Oficios de esta capital»²².

Unos meses después, el 19 de octubre se proponía al gran pintor como académico correspondiente, con residencia en Córdoba, votándose por unanimidad en sesión del 26 de octubre de 1912²³. En

²⁰ MONTIS, Ricardo de: «Necrológica de doña Rosario Vázquez de Angulo». *Notas Cordobesas*, ed. 1989, tomo IV, pp. 157-162.

²¹ PORRO HERRERA, María José: «Primeras académicas de la Real Academia de Córdoba». *BRAC*, 152, 2007, pp. 145-154.

²² *Actas de la Real Academia de Córdoba*, 9/03/1912.

²³ *Ibid.*, 19/10/1912 y 26/10/1912.

junta de 21 de abril de 1917, Luis Valenzuela, Enrique Romero y Rafael Castejón eran nombrados gestores «para erigir una estatua de Séneca [a la ciudad]», lo que no llegará a buen puerto y, el 20 de octubre de ese año, se acordará la vacante de la plaza de Julio Romero de Torres «por haber trasladado su residencia a Madrid»²⁴.

Por entonces, Julio Romero ya había conseguido la primera medalla en la Exposición Nacional de 1908 con *La musa gitana* y enviado sus cuadros a las Exposiciones Internacionales de Buenos Aires y de Santiago de Chile —en 1910 recibía la encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio y era nombrado inspector de la delegación y comisaría regia en la Exposición de Arte en Roma—, obteniendo la medalla de oro de la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona por su *Retablo del Amor* (1911): el traslado a la capital del país se había convertido para el artista en algo perentorio e ineludible.

Es quizá en este contexto en el que haya de situarse el óleo que, en agosto de 1906, realizara «probablemente de una fotografía», en palabras de Mercedes Valverde, Romero de Torres a Valenzuela. Dado a conocer por la experta²⁵ —ha sido ella quien nos ha orientado en este asunto, por lo que agradecemos sus aclaraciones y la documentación que, tan generosamente nos ha facilitado, hablo especialmente de varias cartas que manifiestan la relación de amistad, siempre afable, entre el director de la Academia y Julio Romero, lo que podría estar sugiriéndonos que el retrato, tal y como piensa Valverde, «pudo haber sido un regalo del pintor».

A continuación, transcribimos una de las misivas, que más abajo reproducimos²⁶:

Córdoba, 10 de julio de 1915

Mi querido amigo: me adhiero de todo corazón al homenaje que van a tributar a V. sus numerosos admiradores de Madrid.

Como cordobés y como amigo de V., tomo parte en sus señalados triunfos, que le acreditan de pintor excelso y escl-

²⁴ *Ibid.*, 20/10/1917.

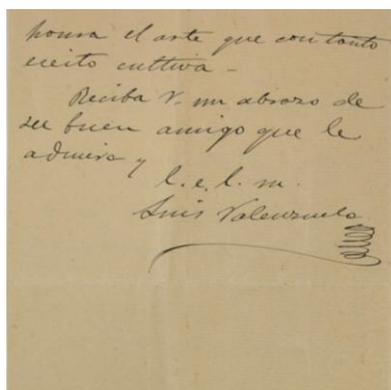
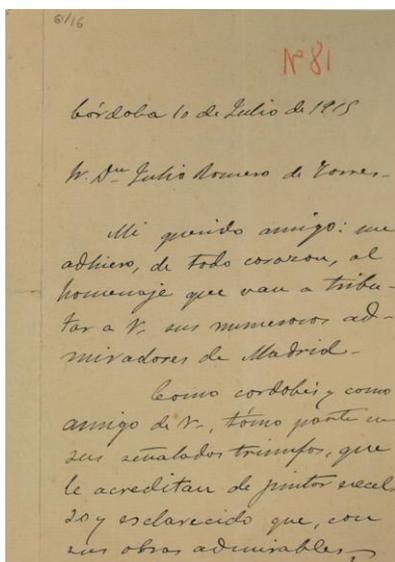
²⁵ VALVERDE CANDIL, Mercedes: «Las mujeres de Julio Romero», Colección Córdoba, Córdoba, 1996, vol. 1, p. 23.

²⁶ Archivo Museo Julio Romero de Torres.

recido que, con sus obras admirables, honra el arte que con tanto acierto cultiva.

Reciba V. un abrazo de su buen amigo que le admira y l. e. l. m:

Luis Valenzuela.



JRT C61-16-151 / JRT C-61-16-152

En octubre de 1914 *La Vanguardia* publicaba, a través de un telegrama remitido en Madrid por la Real Academia de la Historia, que dirigía el padre Fita, las propuestas para académicos correspondientes «á favor de don Emilio Senante y don Francisco Alemany, en Alicante y don Luis Valenzuela y Castillo, en Córdoba»²⁷, propuestas todas ellas que culminaron poco después. Por entonces, Valenzuela ya era decano del Ilustre Colegio de Abogados de Córdoba y miembro de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de la ciudad, que más adelante presidiría. En un documento, con fecha de noviembre de 1916, Valenzuela es aceptado vicepresidente primero de la Junta²⁸.

En la VI Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba, que se reunía el 11 de octubre de 1918 con motivo

²⁷ *La Vanguardia*, 05/10/1914.

²⁸ *Diario de Córdoba*, 21/11/1916.

de su reorganización, según el Real Decreto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de 11 de agosto de 1918, ya aparece como presidente efectivo de la Comisión y Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, ocupando el cargo de honorífico, el gobernador civil; el de vicepresidente, Salvador Muñoz Pérez; el de conservador, Ezequiel Ruiz Martínez y el de secretario, Enrique Romero de Torres. Como Correspondientes de la Real Academia de la Historia: Cipriano Martínez Rücker, José de la Torre y del Cerro, Manuel Alfaro Vázquez, Ángel Delgado y Rafael Moyano.

En ella se leía la comunicación que, con fecha de 4 de abril de 1918, se dirigía al Ayuntamiento de Córdoba referente a la conservación de la torre de la Malmuerta acordándose «en vista de que aún no había contestado», dirigirse nuevamente al señor alcalde. También se convenía, por indicación del jefe del Museo Arqueológico, pedirle al

Sr. Enrique Villegas, para este Establecimiento, un trozo de mosaico romano descubierto en un solar de su propiedad, y que, en vista de que el emplazamiento de este mosaico va en dirección de la vía pública, solicitar del Municipio que estudie el mejor medio de descubrirlo y sacarlo en debidas condiciones con destino al expresado Museo.

Antes de levantarse la sesión, Alfaro Vázquez expuso que en los trabajos que se estaban llevando a cabo por la Compañía de Peñarroya se habían descubierto objetos antiguos manifestando el secretario

que dichos restos arqueológicos se están coleccionando por el Sr. Ingeniero Director de las obras, el cual le ha invitado para que los vea y clasifique, como así lo hará tan pronto como sus ocupaciones se lo permitan²⁹.

CORRILLOS Y SALONES

Bach y su *Preludio en do mayor* comenzaron a elevarse, serenamente, desde las teclas del piano al otro lado de un corrillo que murmuraba bajo una lámpara de araña con colgantes. En cada sitio de la mesa, una copa para vino alternaba con otra de cava entre canapés sobre hojas de escarola. Un camarero, con los pies hacia adentro, servía a

²⁹ *Acta de la Junta Extraordinaria de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba*, 11/10/1918.

cada huésped y, al fondo, bajo un gran espejo del siglo XVIII tallado a mano, la figura de una señorona con peineta se proyectaba junto a la de su esposo, un hombrecillo caricóncono que fumaba. Concha se aplastó contra la pared para hacerles un hueco y darles la bienvenida —eran buenos clientes del bufete—, mientras pasaban con un crujido de zapatos entre diademas y trajes de gala.

—¿Cómo está su madre? —preguntó ella.

—Un poco mejor, gracias —dijo el hombrecillo, a duras penas.

—¡Cuánto me alegro de que hayan venido!

La cabeza de una mujer asomó entre las cortinas que separaban los salones del comedor. Su largo pelo negro, decorado con flores y muchas horquillas, se recogía en una especie de *vitta* que le daba el inconfundible aspecto de una vestal, pero sin *palla*. El viejo rector giró su blanca cabeza hacia el angelical rostro que se deslizaba entre bordados y pasamanería.

—¡Oh, là, là! —imprecó.

—Es modelo de Julio Romero. Conocida de nuestro anfitrión —le aclaraba su sobrino.

—¿También...? —dijo el exsenador, relamiendo la cebolla que le colgaba del bigote.

Las largas copas tintinearón, en un aire espeso, cuando el camarero escanció el cava en cada una de ellas.

—¡Ajajá, lo que faltaba! —gruñó la señorona, vigilando de reojo a su marido.

Al fondo, Valenzuela se detuvo en el rostro de la vestal y en su largo pelo decorado con flores y horquillas y ella sonrió, furtivamente. Detrás, un joven inclinado sobre una butaca, que levantaba el gollete por encima del vaho de una escudilla con almejas, buscó el rosado resplandor de la modelo.

—Mañana que seguiremos en la ciudad —volvió la señorona—, con todo lleno de tiendas, saldré a comprar un poco de pescado fresco ¿verdad que sí, pequeñín?, y te lo freiré como cuando estabas en el hospital.



Antigua Plaza de Benavente —ahora de Agrupación de Cofradías— hacia 1900. A la izquierda, fachada de las casas de los Valenzuela-Terroba

El convidante fue levantando la mirada por el borde de la biblioteca, examinando los títulos de los libros. Por la ventana veía lo más alto de los tejados atravesados por la luz del crepúsculo y el ensanche de la plaza que se iba apretando hacia una de las calles. Dos arrieros, que volvían del trabajo con una mula de gran alzada, arrastraban sus pies en el sopor de la tarde.

—Eh, camarero, ¿y ese espumoso de San Sadurní? —se quejó alguien, con voz airada.

—En seguida, señor.

El cuerpecillo del viejo rector se giró hacia los tentempiés mientras la chica del guardarropa pasó por delante con varios abanicos de mano. Un poquito más allá el rojo chapeado de una cómoda, un esmalte muy grueso resaltaba en el aire; en la cubierta, donde antaño hubo un jarrón de plata lleno de peonías, había un círculo oscuro que brillaba a través del esmalte, como si se viese bajo una lámina de agua. El anfi-

trión volvió a escrutar sus salones colmados de néctar y de rostros placenteros que mitigaban el alma y se preguntó si sus huéspedes e invitados, como Pisístrato y Telémaco, estarían esperando tener noticias de Odiseo. Entonces del Pleyel comenzó a sonar el *Concierto para piano n° 1* de Tchaikovski, y Valenzuela cerró los ojos.

CLOTO Y SUS HERMANAS

Vinieron las parcas a buscarle la tarde del 6 de febrero de 1920, camino de la Academia. Las Actas de aquel viernes recogieron así el inesperado suceso:

En la ciudad de Córdoba a las cinco de la tarde del día seis de febrero de 1920, y estando reunidos los señores académicos de número que al margen se expresan [...], a fin de realizar junta extraordinaria, se recibió la noticia de que el señor Director, D. Luis Valenzuela, había fallecido repentinamente, pocos momentos antes de la hora en que debía tener lugar la junta.

[...] Una vez comprobado que desgraciadamente era cierta la noticia, entre los señores reunidos se acordó que la Academia le dedicara una corona para los funerales, y que dada la premura del tiempo, se convocara por medio de la prensa local a todos los señores académicos tanto de número como correspondientes con residencia en Córdoba para que asistieran tanto al referido acto como a la conducción del cadáver desde la casa mortuoria al cementerio de San Rafael. Debiendo someter los acuerdos a la aprobación de la Academia en la primera sesión que se celebre una vez transcurridos los días durante los cuales no se celebrarán sesiones en señal de duelo; y una vez adoptados los anteriores acuerdos, todos los señores presentes nos trasladaremos a la casa del que hasta hacía unos momentos había sido nuestro digno e inolvidable Director.

De todo lo cual, como secretario, doy fe.

*Rafael Vázquez Aroca*³⁰.

En la siguiente sesión, que se celebraba el catorce de febrero en el local de la plaza del Potro, ocupaba la presidencia en funciones de

³⁰ *Actas de la Real Academia de Córdoba*, 6/02/1920.

director accidental José Amo quien, una vez leída y aprobada el Acta anterior, usó la palabra para manifestar a los miembros que,

siendo la primera vez que la Real Academia se reunía pasados los nueve días de duelo que ha guardado por la inesperada muerte del que era su ilustre Director, don Luis Valenzuela y Castillo, cuya dolorosa pérdida nunca podrá separar la Corporación.

Y tras cambiar impresiones, se acordó que, a la mayor brevedad posible, dedicase la Academia una solemne sesión necrológica

en la Sala Capitular de las Casas Consistoriales en honor y memoria del difunto señor Valenzuela, a cuyo acto se invite al Ilustre Colegio de Abogados —del que como es sabido— era el insigne muerto su Decano.

Seguidamente, se designó una comisión formada por los señores director accidental, el académico numerario señor Rey Díaz, y por el Secretario para que, en nombre de la Corporación, visitasen a la viuda e hijos del señor Valenzuela y les hiciesen saber que «la Real Academia parte con ellos la inmensa amargura que desde hace nueve días les aflige». Acto seguido se levantaba la sesión, en señal de duelo³¹.

En una amplia noticia publicada por *La Voz de Córdoba*, el 14 de diciembre de 1920 en la que se daba cuenta de la celebración por parte del Colegio de Abogados de Córdoba de la festividad de sus patronos, Inmaculada y San Rafael, también hubo palabras y recuerdos para quien fuese su decano. Ya en el hotel Suizo, sentados a una mesa regida por el presidente de la Audiencia, el señor Villalba, y descorchado el champagne...

El decano accidental señor Carretero hizo uso de la palabra para, según afirmó, hacer pública su gratitud al excelentísimo señor obispo, que se había dignado a presidir la fiesta religiosa celebrada, y a las demás autoridades asistentes; al señor Magistral, por su elocuente discurso, y dedicar un recuerdo sentidísimo a la memoria del que fue último decano del Colegio de abogados de Córdoba, don Luis Valenzuela y Castillo, que logró conquistar con la estima de los que lo trataron, el respeto de los que sólo lo conocieron, y con el título de compañero la consideración de maestro; que como

³¹ *Ibid.*, 14/02/1920.

maestro lo respetábamos todos los abogados al ilustre finado.

Don Rafael Jiménez Amigo, «verdaderamente emocionado, levantó la copa por la memoria del amigo que murió, pero con la suerte de dejar fama imperecedera». El acto terminaba con el presidente de la Audiencia, el señor Villalba que, antes del brindis final, dedicó elocuentes frases a la memoria de Valenzuela, «a quien afirmó quería de manera entrañable desde los años mozos»³².

En marzo de 1921, el «Balance literario cordobés de 1920» que *Diario Córdoba* editaba cada año, en su apartado de Necrología, también se ocupó del deceso del director de la Academia, en estos términos:

La literatura cordobesa sufrió pérdidas muy lamentables en el año 1920. El 6 de febrero dejó de existir en esta capital don Luis Valenzuela y Castillo. Era este ilustre abogado una de las personas más salientes de Córdoba y gozaba, por sus prestigios, del respeto y la consideración de todos sus conciudadanos. Poseía una vasta cultura y conocimientos literarios tan profundos como los jurídicos. En su juventud se dedicó al periodismo y figuró en las redacciones de varios periódicos de la Corte y de nuestra ciudad. En el Ateneo de Madrid se distinguió como polemista revelando, además de su vasta ilustración, sus excepcionales dotes oratorias que habían de proporcionarle verdaderos triunfos, tanto en el foro, como en la tribuna académica y en la política.

Estaba dotado de una gran elocuencia, de un verbo cálido y persuasivo al que acompañaba una fluidez de palabra excepcional, una dicción correcta y una acción adecuada y elegante. Escribió numerosos trabajos científicos y literarios notables, algunos de los cuales vieron la luz pública en la prensa y otros fueron leídos por su autor en academias y ateneos. Entre ellos destaca un estudio jurídico que presentó en los ejercicios para obtener el grado de doctor en Derecho y luego editó en un folleto.

Merced a sus relevantes méritos obtuvo elevados y honrosos cargos como el de Decano del Ilustre Colegio de Abogados y el de Director de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. En esta realizó una im-

³² *La Voz de Córdoba*, 14/12/1920.

portante labor y, merced a sus gestiones, se concedió el título de Real a la docta Corporación fundada por el benemérito penitenciario don Manuel María de Arjona.

El señor Valenzuela era también presidente de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos y del Patronato del museo provincial de Bellas Artes y pertenecía a las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando³³.

El 9 de junio Francisco Alcántara, al hacer entrega de un retrato de Valenzuela al Colegio de Abogados de Córdoba, dedicaba al que fuera su amigo y compañero, unas emotivas palabras en las que recalca su «espíritu liberal y democrático». Años después Rafael Castejón, en un artículo que titulaba *La calle de Luis Valenzuela*, escribió:

En la época actual de cobardías, de dudas y vacilaciones el ejemplo hidalgo y noble de don Luis Valenzuela, es espejo que ofrecer a toda una generación. Bien merece la ciudad ofrecer este galardón a la memoria de quien la honró con su vida y con su verbo³⁴.

Sería el sábado 17 de mayo de 1924 cuando la Academia, en su local de la plaza del Potro, le dedicaba la velada necrológica. El discurso corrió a cargo del entonces director, Manuel Enríquez Barrios, quien recalcaría del finado sus facetas más destacadas: la académica, la política y la de juriconsulto.

Tras las palabras de Enríquez Barrios, se dio lectura a un trabajo periodístico que publicó Francisco Alcántara, y algunos compañeros allí presentes recordaron hechos y anécdotas de su vida académica. En el acto, «al que asistió un buen número de público, estuvieron presentes su viuda e hijos quienes agradecieron a la Corporación y especialmente a su director señor Enríquez, el recuerdo sentido y cariñoso tributado a su difunto padre»³⁵.

³³ *Diario Córdoba*, 06/03/1921.

³⁴ *Diario La Voz*, 19/07/1922. La calle, que finalmente el Ayuntamiento dedicaba al biografiado, se encuentra en el barrio de La Viñuela y une las avenidas de Rabanales con la de Jesús Rescatado, siendo cortada por la arteria Juan de Cervantes.

³⁵ *Diario Córdoba*, 20/05/1924.

ELOGIO A ÁNGEL MARÍA CASTIÑEIRA

Sería injusto por mi parte terminar este pequeño tributo a mi querido bisabuelo, sin darle voz. Entre las escasas publicaciones que de él se conservan, traigo esta loa o recuerdo que el 14 de marzo de 1908 y, con motivo de la muerte de Ángel María Castiñeira, académico y amigo personal de Luis, éste le tributara. El discurso, que se reproduce íntegramente, vio la luz en el *Diario Córdoba* cuatro días después, el 18 de marzo de 1908:

Es triste deber que voy á cumplir en este acto, por encargo, para mí inexcusable, de la Academia que se congrega expresamente esta noche para dedicar un sentido recuerdo á la memoria del que fué en vida probo funcionario, perítisimo letrado y elegante escritor, está, por decirlo así, compensado con la honra y satisfacción íntima que me proporciona la circunstancia de haberme elegido á mí para ser esta velada necrológica el órgano e intérprete de vuestros sentimientos de aflicción y amargura ante la irreparable pérdida que representa para esta docta Corporación el fallecimiento de don Ángel María Castiñeira y Cámara, recientemente devorado por la muerte.

En Córdoba nació allá por el año de 1838, en el seno de una hornada modestia, y no bien recibida la primera instrucción, reveló las múltiples y felices disposiciones que avaloraban su claro talento, haciéndolo, cuando era adolescente, casi un niño, sumamente apto así para el cultivo de las letras y las bellas artes, como para el aprendizaje severo de las ciencias, hasta el punto de que la música, el canto, el dibujo, la pintura y la poesía fueron, en sus años juveniles, quizás los únicos entretenimientos amenos de aquel espíritu, flexible y comprensivo, de que estaba dotado, merced al cual tantas simpatías supo granjearse en el trato y comercio de la vida social.

En sus mocedades las aficiones literarias que sentía le proporcionaron no pocos éxitos periodísticos, distinguiéndose como articulista chispeante y como cuentista intencionado y original; a su fértil ingenio se deben, entre otras producciones de este género, las que aparecieron con los títulos de *La última máscara (Recuerdos de Carnaval)*, *La Lisonja* y *La palma de los corazones* que vieron la luz pública en los diarios y revistas de esta localidad, precisamente en una época en que el oficio

de escritor, sobre todo en provincias, si alguna vez daba honra, jamás reportaba el mejor provecho.

Apremios agobiadores de la vida obligáronle bien pronto á empezar otros rumbos si menos sugestivos que los del arte y la literatura mucho más prácticos, encaminados á asegurarle un porvenir libre de contingencias y eventualidades abrumadoras; entonces fue cuando don Ángel María Castiñeira, sin desertar de sus aficiones artísticas y literarias y después de recibir el grado de bachiller en el instituto provincial (hoy general y técnico) de esta ciudad, obtuvo sucesivamente los títulos de perito agrícola, agrimensor y tasador, siendo nombrado delineante a las órdenes del arquitecto provincial, al mismo tiempo que tomaba parte directa en los trabajos técnicos de construcción de la línea férrea de Córdoba a Málaga.

Cuando los principios de la revolución septembrina encarnaron en el texto de las leyes y la libertad de enseñanza, mejor ó peor comprendida, se establecieron en España, el señor Castiñeira, siempre sediento de saber, aprovechando las facilidades que aquel sistema ofrecía á los escolares para la obtención de títulos académicos, cursó en la Universidad libre de Córdoba las asignaturas de derecho civil y canónico graduándose, con mucho lucimiento, de licenciado, primero, y de doctor después, en la renombrada Universidad hispanense de la que tantas celebridades han salido para ilustrar el foro patrio.

Recibido de doctor, don Ángel María Castiñeira se consagró al ejercicio de su noble profesión, para lo cual incorporóse en 1872 al ilustre Colegio de Abogados de esta ciudad, donde adquirió merecida fama de excelente civilista por los importantes litigios que, con acierto, dirigió; pero donde su reputación llegó a tener resonancia como hábil polemista y elocuente orador, fue en los estrados de la Audiencia, defendiendo procesados ante el Tribunal de derecho y aún ante el del jurado, al establecerse el juicio oral y público por la Ley de enjuiciamiento criminal de 14 de septiembre de 1882, y su complementaria de 29 de abril de 1888, creando los tribunales populares para determinadas figuras de delitos. Veinte años consecutivos dedicóse el señor Castiñeira, con celo y diligencia inquebrantables, al desinteresado servicio de su numerosa clientela; cuando en 1892 cerró su bufete de abogado para atender de lleno a las crecientes obligaciones

de carácter administrativo que sobre él pesaban, dejó un nombre respetable en los anales del foro cordobés. Pero donde sus altas dotes de inteligencia y laboriosidad encontraron más ancho campo á su desenvolvimiento fué en las dependencias de la Diputación provincial; desde los más modestos destinos ascendió, en fuerza de merecimientos propios, al encumbrado cargo de Secretario de la corporación, que desempeñaba con singular maestría cuando, de improviso, le sorprendió la muerte. Memorables fueron las oposiciones que hizo en Madrid á tan elevado puesto; tras ejercicios brillantísimos obtuvo el número primero, triunfando, en reñidísima contienda de temibles adversarios. El exquisito tacto que desplegaba el señor Castiñeira en la Secretaría de esta Diputación Provincial era proverbial; cerca de treinta años ha llevado, sobre sus vigorosos hombros, el peso y la balumba enormes de aquella complicada máquina burocrática; maestro sagaz e inimitable en el arte de sortear dificultades, salvar escollos de tramitación y discurrir fórmulas conciliadoras para las más opuestas tendencias, el señor Castiñeira parecía nacido con destino á ser cerebro regulador, como lo fué, de una de esas entidades administrativas en que tantos intereses viven en pugna y tantas pasiones bastardas levantan sus soberbias frentes. Modelos de buen decir, sana doctrina, claridad y método, los numerosos dictámenes, informes y actas redactados por aquel insigne funcionario, se conservan en las oficinas de la provincial como monumento imperecedero de su selecto saber en ciencia administrativa.

Esta Academia, descubriendo en don Ángel María Castiñeira, a través de su natural modestia, una de nuestra más sólidas ilustraciones, abrióle sus puertas, nombrándole correspondiente, en sesión de 26 de Abril de 1873, y el agraciado, en debida reciprocidad á tan señalada distinción, demostró que era digno de ella, leyendo importantes trabajos, tales como los que tituló *La India, brevísima ojeada sobre su organización y cultura*, *El concepto de lo bello*, *Relaciones entre la Iglesia y el Estado* y otros, hasta que en la vacante producida por don Rafael de Sierra y Ramírez, fue el señor Castiñeira designado académico numerario; el notable discurso que leyó en el solemne acto de su recepción pública, celebrada el 15 de noviembre de 1884, es una meditada disertación en que estudió el problema social bajo uno de sus aspectos más interesantes, presentado soluciones tan eficaces, que ciertamente

no las desdeñarían los más flamantes sociólogos de la escuela radical; encargado don Miguel Riera de los Ángeles de contestar al señor Castiñeira, llenó satisfactoriamente su cometido en un discurso hermoso, henchido de levantados sentimientos católicos en que resplandecen los más caritativos consejos en bien de las clases proletarias.

En 1904 don Ángel María fué elegido Censor de la Academia, habiendo merecido plácemes unánimes por los numerosos informes que evacuó.

Sus últimos trabajos académicos han sido el elogio dedicado á los inolvidables e inspirados poetas don Antonio Fernández Grilo y don Miguel José Ruiz, y el admirable discurso de contestación al modestísimo que tuve la honra de leer, al recibirme de académico numerario en la sesión extraordinaria celebrada el 28 de septiembre de 1907.

Finalmente el señor Castiñeira estaba condecorado con varias cruces por sus eminentes servicios administrativos prestados al país, y al morir lega á su posteridad y á su patria un nombre esclarecido por las relevantes prendas de su saber y de sus virtudes.

La Academia general de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, al honrar la memoria de tan eximia personalidad, al mismo tiempo que cumple un deber reglamentario, rinde un tributo de consideración y de respeto al que fué una de las más legítimas glorias de esta docta Corporación.

¡Lástima que á mi torpe pluma se haya confiado el delicado encargo de enaltecer los grandes merecimientos del ilustre finado!

Luis Valenzuela Córdoba 14 de marzo de 1908³⁶

³⁶ Mi más sincero agradecimiento a M.^a Carmen Abad, José M.^a Palencia, José Serral, María Valenzuela, Teresa Valenzuela y Mercedes Valverde.



Luis Valenzuela Castillo, hacia 1918. Col. M.^a Carmen Abad



De izquierda a derecha: Trinidad de la Iglesia (tío bisabuelo); Concha Terrroba (bisabuela); los novios María de la Iglesia y José Valenzuela (abuelos) y Rafael Conde Giménez (tío tatarabuelo). En el centro, la niña Elena de la Iglesia, tía abuela. Col. Teresa Valenzuela



Estatua yacente de Eustasio Terroba, obra de Mateo Inurria.
Museo de Escultura de Leganés

El presente volumen, cuarto de la colección Francisco de Borja Pavón de la Real Academia de Córdoba, nacida para el recuerdo de sus miembros fallecidos desde su fundación en el año 1810, recopila diez semblanzas biográficas de relevantes académicos que vivieron y desarrollaron su quehacer cotidiano en los siglos XIX, XX y XXI, contribuyendo con ello al desarrollo cultural de Córdoba. Sus autores son, asimismo, miembros actualmente de la citada institución.

En el libro, tras el prefacio y prólogo de costumbre, se han glosado -por orden cronológico de nacimiento- las siguientes personalidades académicas: **Rafael Joaquín de Lara y Pineda** (1810-1878), un erudito cordobés y un tópico ciudadano del siglo XIX, por Diego Medina Morales; **José María Rey y Heredia** (1818-1861), filósofo y matemático, por José Roldán Cañas; **Rafael de Sierra y Ramírez** (1837-1881), censor y director accidental de la Academia, por José Manuel Escobar Camacho; **Luis Valenzuela Castillo** (1856-1920), de cuando la Academia adquirió el título de Real, por Fernando Penco Valenzuela; **Teófilo Laureano Pérez-Cacho Villaverde** (1900-1957), académico electo e investigador matemático, por José Cosano Moyano; **Dionisio Ortiz Juárez** (1913-1986), reformador de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba e investigador de la platería cordobesa, por Miguel Ventura Gracia; **Mario López** (1918-2003), el universo del poeta, por Manuel Gahete Jurado; **José Cobos Jiménez** (1921-1990), un Azorín montillano, por Antonio Varo Baena; **Matilde Galera Sánchez** (1937-2004), profesora, investigadora y académica, por Antonio Cruz Casado; y **Enrique Aguilar Gavilán** en el recuerdo (1948-2020), vislumbres de su semblanza profesional y académica, por Bartolomé Valle Buenestado y María José Porro Herrera.

Con estos diez nuevos «académicos en el recuerdo» son ya treinta y nueve las figuras de relevantes miembros de esta más que bicentenaria institución cultural cordobesa, que han sido rescatados del pasado para el conocimiento de las generaciones actuales y para que su entrega y laboriosidad en pro de la cultura queden perpetuadas para siempre en la memoria colectiva de la ciudadanía cordobesa.

